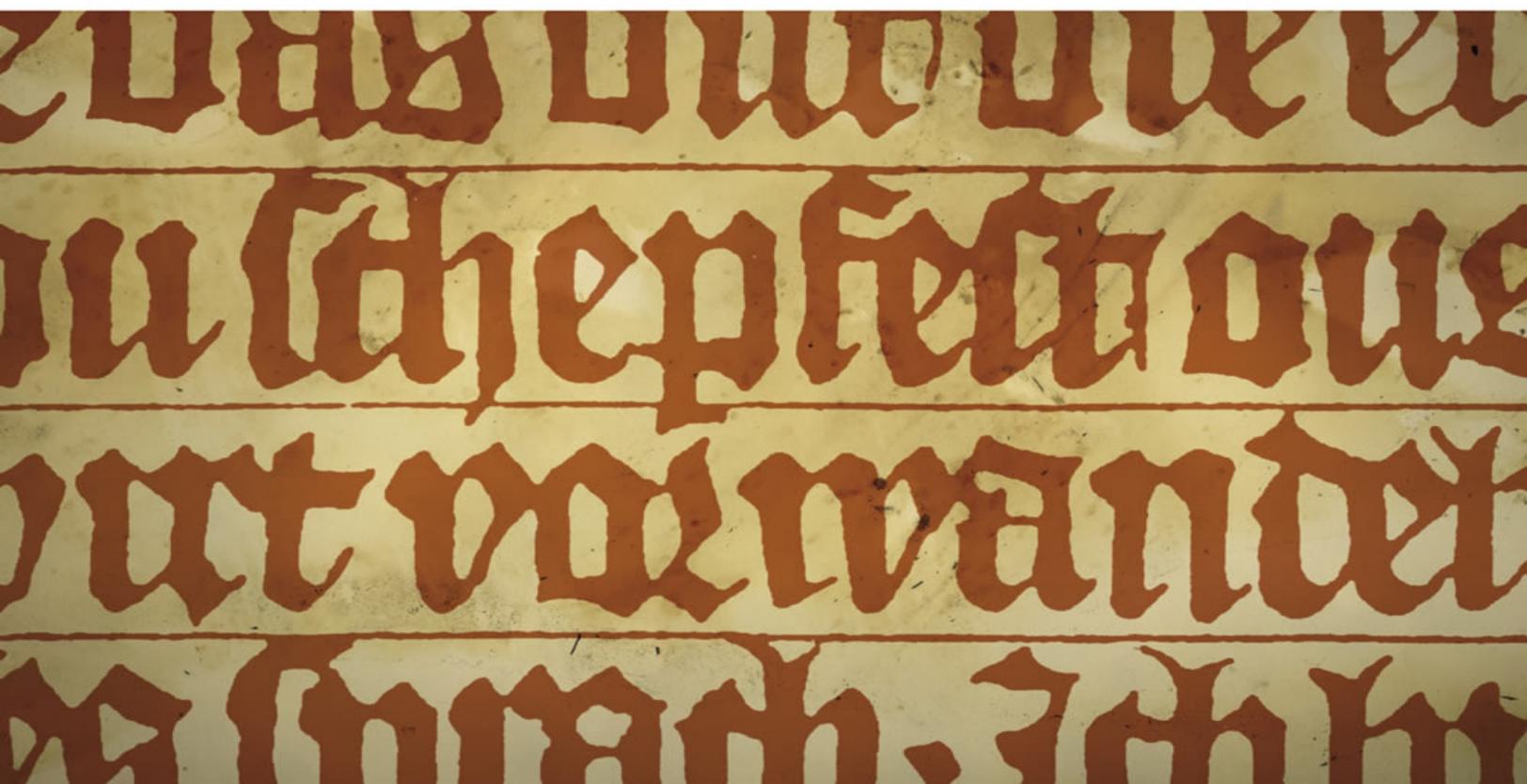


Miquel Bassols i Puig

LLULL CON LACAN

EL AMOR, LA PALABRA
Y LA LETRA EN LA PSICOSIS



© Miquel Bassols i Puig.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: GEBO489

ISBN: 9788424938024

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

PRESENTACIÓN

PREFACIO

INTRODUCCIÓN

I. LLULL CON LACAN: UNA CLÍNICA IRÓNICA

II. LOS MOMENTOS FECUNDOS DE RAMON LLULL

III. LA AMANCIA O LA CIENCIA DE AMOR

IV. EL AFFATUS O LA EXPERIENCIA DE LA PALABRA

V. EL ARS COMO INSTANCIA DE LA LETRA

VI. LLULL Y EL SINTHOMA

TABLA CRONOLÓGICA

BIBLIOGRAFÍA

NOTAS

PRESENTACIÓN

por

VICENTE PALOMERA

En el discurso pronunciado al recibir el «Premio Internacional Cataluña 2005», otorgado por la Generalitat de Catalunya, Claude Lévi-Strauss dijo sentirse partícipe de la corriente de pensamiento que, en el siglo xx, recibió el nombre de «estructuralismo», pero que, en contra de lo que se cree normalmente, no es en absoluto un descubrimiento moderno. Lévi-Strauss recordó que en los siglos XIII y XIV esa corriente ya apareció, al menos en sus líneas principales, con el gran pensador catalán Ramon Llull: «La percepción ingenua capta el mundo como un caos y para superar este caos, los predecesores de Llull ordenaban los aspectos de la realidad en grados, es decir, en función de su mayor o menor parecido o semejanza. En cambio, Llull partió de la diferencia, oponiendo los términos extremos y haciendo surgir mediaciones entre ellos. Ideó así un sistema lógico muy original que permitía, por medio de operaciones recurrentes, inventariar todas las relaciones posibles entre los conceptos y los seres e introdujo la noción de relación en la base del mecanismo del pensamiento. De esta combinatoria que inventó Llull,

sacarían lecciones, a lo largo de los siglos, Nicolás de Cusa, Leibniz y, más tarde, la lingüística y la antropología estructural».

Este comentario de Lévi-Strauss es clarificador y nos sirve para recordar que no era la diferencia, sino la semejanza, la que desempeñó un papel protagonista en el saber de la cultura occidental. En gran parte, fue ella la que guiaba la exégesis e interpretación de los textos, la que organizaba el juego de los símbolos, permitía el conocimiento de las cosas visibles e invisibles y dirigía el arte de interpretarlas.

Lo desarrolló Michel Foucault en *Las palabras y las cosas*, al decir que en «la prosa del mundo» lo similar, lo semejante, predominaban en el acceso al mundo sensible, mundo que solo puede estar marcado, puesto que no hay semejanza sin signatura. Böhme lo llamó *Signatura Rerum*; Paracelso, *Natura Rerum*: «No es la voluntad de Dios que permanezca oculto lo que Él ha creado para beneficio del hombre [...] Y aun si hubiera ocultado ciertas cosas, *nada ha dejado sin signos exteriores y visibles por marcas especiales* —del mismo modo que un hombre que ha enterrado un tesoro señala el lugar a fin de poder volver a encontrarlo».

Llull muestra cómo para él, a partir de un momento, Dios dejó de estar oculto y esos «signos exteriores y visibles» desaparecían, sin tener más remedio que reconstruirlos con la ayuda de los recursos del lenguaje.

El mundo que vivió Llull es un mundo cubierto de

blasones, de cifras, de palabras oscuras, un mundo donde el espacio de las semejanzas inmediatas se convertía en un gran libro abierto, plagado de grafismos y, en esa época, lo que correspondía hacer era descifrar esas figuras extrañas que se entrecruzaban a lo largo de la página de dicho libro.

Así pues, el mundo de Llull era como un gran espejo en cuyo fondo se miraban las cosas y se enviaban, una a otra, sus imágenes. Pero, como ya hemos dicho, a partir de un momento determinado, ese mundo dejaría de ser para Llull un espejo tranquilo. Bajo el reflejo silencioso de la naturaleza, Llull se encontró en el abismo abierto por la llaga del Cristo crucificado, sufrió un vuelco transcendental ante una serie de visiones de ese Cristo crucificado. Fue en esos momentos de perplejidad y de paradójica certeza cuando sintió la llamada.

Llull no tiene un ideal, tiene una misión, lo que es muy distinto. Tiene que ser el Cristo e intervenir en el mundo, llevando a todos los infieles la noticia de la verdad de la Buena Nueva, la verdad de un nuevo modo de gozar. Llull no será sólo *doctor* —para tomar un término de la Iglesia—, sino también *mártir*, al tener que dar testimonio. Se tratará de un testimonio abierto. Llull es un testigo, es decir, está en una posición de tener que restaurar el sentido de aquello de lo que da fe y de compartirlo en el discurso de los otros.

Doctor y mártir, encargado de mostrar los errores de los racionalistas, como Averroes, mostrando la verdad según la entendían los cristianos de una manera tan clara y

meridiana que incluso los musulmanes más fanáticos consiguieran apreciarla sin posibilidad de error. Así pues, en su misión, Llull se dedicó a diseñar y construir una *máquina lógica*. De naturaleza mecánica, en ella, las teorías, los sujetos y los predicados teológicos estaban organizados en figuras geométricas de las consideradas «perfectas» (por ejemplo círculos, cuadrados y triángulos) y con ruedas giratorias con las letras que escriben las propiedades de Dios y de los seres de la naturaleza, cuya combinatoria componía toda clase de ecuaciones para encontrar y probar la verdad de todas las cosas. Bautizó a su instrumento con el nombre de *Ars Generalis Ultima*. El ingenio fue tan importante para él que dedicó la mayor parte de su ingente obra a describirlo y explicarlo. La realidad teórica subyacente en aquel artefacto era una fusión o identificación de la teología con la filosofía, orientada a explicar las verdades de ambas ciencias como si fueran una. En Llull se produce un empuje al Uno, empuje a hacer Uno del Otro.

Si, como lo señala Lévi-Strauss, Llull puede ser calificado de estructuralista, estructuralista *avant la lettre*, es debido a que logró encontrar en el binarismo de las diferencias y las oposiciones propias de la estructura del lenguaje, un modo de defensa frente a aquello que se presentaba como un exceso de goce.

Llull trató de subsumir esa *tyché*, ese encuentro con el objeto alucinado, en el *automatón* de esa máquina lógica. Gracias a ella, ésa fue su misión, tenía que llegar a un

monismo que redujera a Una las diferentes creencias monoteístas. Los temas, las cuestiones abordadas por Llull, eran problemas del inconsciente enmascarados. Digamos que, para poder saber, Llull necesitaba tener acceso a ese *saber que nadie sabe saber* (definición que Lacan da del inconsciente) y eso le tocó en su locura.

Miquel Bassols muestra en su tesis la virulencia del *logos* sobre Llull y los efectos parasitarios del lenguaje sobre el ser viviente. Este libro está dedicado a la incidencia de la letra en el sujeto del inconsciente y al tratamiento que Llull realizó de la separación entre inconsciente y letra. Nadie mejor capacitado que Miquel Bassols para entablar el diálogo entre el campo freudiano y la cultura catalana y mostrar la singularidad de la interpretación de Llull, en su vida y en sus escritos. Tomando firme apoyo en la enseñanza de Jacques Lacan y en la orientación que le ha dado Jacques-Alain Miller a su lectura, Miquel Bassols consigue interesarnos por la figura enorme de Ramon Llull, verdadero creador del catalán literario, una lengua a la que Llull incorporó neologismos con incuestionable elegancia, y la hizo apta, además, para discurrir sobre cualquier campo del conocimiento de su tiempo.

PREFACIO

Este libro retoma con algunas modificaciones el texto de la tesis presentada para la obtención del grado de Doctorado del Département de Psychanalyse de la Université de Paris 8 en octubre del año 2000, con el título *L'amour, la parole et la lettre chez Raymond Lulle*. Su redacción no habría sido posible sin el apoyo y la orientación, en diversos registros, del que fue director de tesis, Jacques-Alain Miller. Su enseñanza, que ha marcado en el psicoanálisis un giro fundamental con el Campo Freudiano, ha orientado de manera constante nuestros desarrollos. Las observaciones que recibí en la defensa de la tesis por parte de los miembros del Jurado —Jacques-Alain Miller, Dominique Urvoy, Serge Cottet y Henri-Rey Flaud— han sido recogidas en diversos puntos del texto. Vaya a cada uno nuestro mayor reconocimiento por la precisa lectura que supieron dispensarle.

Me honra agradecer la interlocución que he podido mantener con mis colegas docentes de la Sección Clínica de Barcelona y de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis, y especialmente a Vicente Palomera, a Hebe Tizio y a Antoni Vicens, que hicieron observaciones muy pertinentes y clarificadoras para la redacción de la tesis. Agradezco

también a Enric Berenguer su atenta y amistosa lectura. Las observaciones y comentarios que he recibido de Margarida Bassols i Puig y Josep Pla i Carrera han sido también para mí motivo de diversas reflexiones y desarrollos. La lectura final del texto realizada por Neus Carbonell ha sabido ponerlo a prueba del amor, de la palabra y de la letra, una vez más.

Quiero agradecer finalmente a Mme. Judith Miller que me animara de manera tan insistente a dar forma de libro a esta investigación.

Barcelona, septiembre de 2007

INTRODUCCIÓN

La clínica psicoanalítica de las psicosis ha extraído sus enseñanzas más importantes de las producciones escritas del sujeto psicótico. El caso del presidente Schreber, cuyas *Memorias de un Neurópata* fueron para Freud el origen de su análisis inaugural del sistema delirante, sigue siendo todavía hoy un paradigma de esta enseñanza que está en el principio del tratamiento posible de la psicosis. Jacques Lacan retomó su lectura detallada para hacer de ella la brújula de su Seminario de los años 1955-1956, consagrado al estudio de la estructura de las psicosis y sus fenómenos clínicos. La lectura que llevará a cabo, veinte años más tarde, en su Seminario de los años 1975-1976, de la obra de James Joyce para deducir la estructura del «sinthome» como el Nombre que el sujeto se construye en el artificio de su obra, es el ejemplo a seguir cuando se trata de dejarse enseñar por la producción escrita del sujeto en el proceso psicótico.

Queremos extraer aquí una enseñanza clínica de la lectura del texto de Ramon Llull, el insigne filósofo y escritor catalán medieval. Nuestra hipótesis de partida, enunciada siguiendo la enseñanza de Jacques Lacan en la década de 1950, ha sido la siguiente: la obra de Ramon

Llull sólo nos entrega su verdadera dimensión subjetiva si la leemos, en su conjunto, como la restitución de un significante faltante en la estructura simbólica del sujeto, el significante del Nombre del Padre. Hemos podido situar este significante forcluido de lo simbólico en la historia del sujeto en un significante fundamental —*Amat*— que retornará como una presencia irreductible, presencia que será nombrada por el sujeto con este mismo significante. Dicho significante adquiere así un sentido totalmente nuevo, incluso neológico, en el uso que hace Llull de él a lo largo de su obra. Y es en el desarrollo de esta obra como el sujeto se hará, él mismo, un nombre, el nombre que había sido borrado de lo simbólico de las generaciones, un nombre que tendrá la función de restitución de su relación con el Otro del lenguaje, un nombre que vendrá a nombrar también su ser de goce.

Para formular nuestra hipótesis en una sola frase: el verdadero nombre de Llull es *Amat*. Y el psicoanálisis hace posible leer esta contingencia del significante como una necesidad de la estructura. El nombre de *Amat* es, en efecto, el que nombra al ser del sujeto en su experiencia de goce. El Amado (*Amat*), en su alteridad irreductible, vendrá así a ocupar el lugar del Otro de la palabra y del Uno del goce para dirigirse al sujeto en tres vertientes fundamentales:

1. En los signos del amor que se despliegan en una forma erotomaniaca de la relación con el goce del Otro. En esta dimensión, los signos del amor estarán en la base

- de lo que Ramon Llull designa con el término, neológico, de *Amancia*.
2. En lo real de una experiencia de la palabra de la que el sujeto se hace receptor. En esta dimensión, la aparición del significante en lo real está en la base de lo que Ramon Llull designa con el término, neológico también, de *Affatus*.
 3. En la letra que cifra el goce del Otro, goce del que el sujeto se verá afectado como objeto en toda su experiencia de lenguaje. En esta dimensión, la letra (*lettre*) como escritura del ser (*l'être*) estará en la base de lo que Ramon Llull construye en el famoso sistema de su *Ars*.

El nombre y la figura del *Amat* (Amado), único y último interlocutor de la obra de Ramon Llull, vendrá así a situarse en el centro de su construcción como la cuarta «A» que se añade a las tres vertientes de su experiencia subjetiva. Y se añade a ellas para dar una consistencia de nudo a estas tres vertientes, indicando el lugar del Amado como cuarto elemento indispensable para anudar las tres «cuerdas»—el término tiene todo su lugar en la obra luliana—, las tres dimensiones del amor (*Amancia*), de la palabra (*Affatus*) y de la letra (*Ars*). La experiencia de Ramon Llull ante la realidad del *Amat* será la experiencia del Uno absoluto que se dirige al sujeto para reducirlo a la nada, en una posición cercana en muchos momentos a la aniquilación melancólica. El Otro de Llull es, como veremos, el Uno que se impone como un goce absoluto. La respuesta del sujeto a esta suerte de «empuje a lo Uno» (*pousse-à-l'Un*) se construirá en el nudo del amor, de la

palabra y de la letra, nudo en el que intentará restablecer la dualidad del Amigo y el Amado.

Hemos extraído una enseñanza del estudio de este anudamiento, siguiendo la experiencia del sujeto psicótico en su relación con la estructura del lenguaje y con el goce del cuerpo.

Veamos el plan de nuestra exposición.

En el primer capítulo, argumentamos el sentido y la razón de nuestra tesis como una interpretación *de* Ramon Llull que intenta situar al sujeto en su texto. Esta interpretación se revela entonces como la interpretación que Ramon Llull mismo construye como respuesta a un real de la lengua y del goce. La clínica resultante es una «clínica irónica», según la expresión de Jacques-Alain Miller, es decir, una clínica fundada en la inexistencia del Otro. La enseñanza de Lacan sobre la clínica de las psicosis va, siguiendo esta orientación, mucho más allá de un saber aplicado al texto del sujeto psicótico. En esta lectura es finalmente el propio Ramon Llull quien nos enseña a leer el texto del sujeto psicótico en su estructura, como una formación que el término de «sinthoma» designa en la última parte de la enseñanza de Lacan. La paradoja es que en este «sinthoma», Llull, como fue también el caso para Joyce, se convierte en un «desabonado del inconsciente», es decir, en un texto que escapa a cualquier interpretación de su sentido realizada desde un lugar supuestamente exterior.

El segundo capítulo está dedicado a la lectura de los

testimonios de Ramon Llull sobre su posición de sujeto ante la Revelación y sobre las consecuencias de este encuentro en su vida y en su obra. El término de «momentos fecundos», retomado por Jacques Lacan de la clínica clásica, designa estos momentos de encuentro con un real irreductible del que el sujeto se hace testimonio. La hipótesis es aquí que el sujeto se ha constituido como una respuesta a este real, una respuesta que se iguala a la triple misión que gobernará su vida y su obra, de modo implacable y riguroso, para hacer frente a los efectos devastadores de tal encuentro. Por otra parte, la identificación del sujeto con su perseguidor —encarnado en la figura del musulmán— será un punto de referencia para comprender la relación, siempre enigmática, de Llull con ese Otro radical que significó para él la cultura islámica.

El tercer capítulo aborda la experiencia luliana del amor que, en el marco de la teoría medieval, lleva al límite lo que se ha denominado el «amor extático». La dualidad del amigo y del Amado se convierte aquí en condición necesaria de un amor que se igualaría al goce del Otro. La lógica del amor luliano añade a esta pareja dos nuevos términos, el Amor y el Amar, para hacer consistente la primera dualidad y mantenerla como una pareja irreductible. Nuestra hipótesis es que la *Amancia* —la ciencia del amor luliano— es la respuesta del sujeto a la primacía del Uno del goce que le viene impuesta. Se trata así de una experiencia erotomaníaca en el sentido que este término tiene en la clínica de las psicosis: es el Otro quien

en primer lugar ama al sujeto y hace signos de su amor para tomarlo como objeto de su goce.

El cuarto capítulo analiza la relación del sujeto con la estructura de la palabra tal como Ramon Llull mismo la teorizará designándola con el término, también neológico, de *Affatus*. Se trata de un encuentro del sujeto con lo real de la lengua que tendrá efectos de verdad mucho más allá de la consistencia de su teoría. La experiencia del *Affatus* es la experiencia del sentido y del goce del cuerpo, pero es una experiencia que se desarrolla por entero en su dimensión de *voz*. Nuestra hipótesis es que se trata de una voz que se impone al sujeto y que ordena su universo como una realidad que debe ser siempre interpretada, como una realidad que habla al sujeto exigiéndole una respuesta. Esta estructura de voz es la misma que encontramos en la alucinación del significante en lo real, tal como el sujeto Llull la experimenta en ciertos momentos de su vida de los que nos da amplio testimonio.

El quinto capítulo se propone estudiar el tercer término del nudo luliano, la letra. En un uso que la convierte casi en matema, la letra de Llull es el soporte material de la construcción de su *Ars*. Nuestra hipótesis es que esta letra se convierte también en el soporte material de la realidad del sujeto en su relación con el Otro del lenguaje y con el Uno del goce. En esta relación, la letra hace del significante un objeto en lo real, y ello inventando un uso que —como ha sido subrayado con frecuencia— anticipa el uso que la ciencia hará de la escritura lógica y matemática

varios siglos después. La escritura luliana del *Ars*, tan prometida al infinito y asintótica como su diálogo imposible de concluir con el musulmán, llega a cumplir la función de «sinthoma» para el sujeto, dándole el Nombre que le faltaba en lo simbólico. Es aquí donde el *Ars*, y con él el conjunto de la obra de Lull, funciona como un anudamiento de las tres «cuerdas» —el amor, la palabra y la letra—, en su relación atormentada con el Otro, un anudamiento que le ofrecerá la posibilidad de construirse un Nombre como *Amat* (Amado).

El sexto capítulo aislará finalmente esta función del «sinthoma» en el *Ars* y en el conjunto de la obra de Ramon Lull. El término de «sinthoma», tal como Lacan lo situó en su lectura de James Joyce al final de su enseñanza, nos indica la función restitutoria de la obra en la relación del sujeto con el conjunto del lenguaje.

No ignoramos la distancia que el lector de hoy mantiene necesariamente con el texto de Ramon Lull. Es una distancia acrecentada, como se suele observar, tanto por el contexto medieval en el que tiene lugar como por su condición autorreferencial que la aísla de ese mismo contexto. Es una distancia que compartimos con los muchos estudiosos y eruditos a los que aquí nos referiremos. Pensamos, sin embargo, como Jacques Lacan enseñaba a propósito de las psicosis, que el análisis preciso de la hoja puede librarnos la clave de la estructura de la planta entera, a condición de seguir la lógica rigurosa que el significante imprime a lo real. Y en este punto, debemos

decir que la obra de Ramon Llull, una vez leída a la letra, se nos ha revelado más cercana cuanto más ajena al sentido común. Tal vez puedan estas páginas contribuir así a su lectura renovada.¹

I
LLULL CON LACAN: UNA CLÍNICA
IRÓNICA

El saber textual no era parásito por haber animado una lógica en la que con sorpresa la nuestra encuentra qué aprender (hablo de la lógica de la Edad Media), y no es a sus expensas que pudo enfrentar la relación del sujeto con la Revelación.

No porque su valor religioso se haya tornado indiferente para nosotros debe descuidarse su efecto en la estructura.

JACQUES LACAN (1967), p. 15

Desira e viuràs
Desea y vivirás

RAMON LLULL (1296), p. 91

I. 1. INTERPRETACIONES DE LLULL

En el agitado pasaje que va del siglo XIII al XIV, encontramos la sorprendente figura de este mallorquín errante que sedujo e influyó a buen número de lectores —Nicolás de Cusa, Giordano Bruno y sobre todo al joven Leibniz—, que aburrió a otros tantos —Descartes, Hegel, o incluso un Littré—, y que ha sido recuperado en la actualidad con un interés creciente por lingüistas, lógicos o filósofos.

Éstos son algunos retratos del Beato que nos han llegado de las plumas más ilustres.

Giordano Bruno, que había escrito un número considerable de textos sobre Llull, habla de su «gran talento... de un genio y de una mente heroica... los filósofos más eminentes deberán seguir e imitar la divinidad de su inteligencia».¹ Quien escribe es un lulista convencido.

En el bando opuesto, Rabelais hace escribir a Gargantúa una carta a su hijo Pantagrúel donde podemos leer: «En astronomía aprende todas las reglas, pero deja de lado la astrología y el arte de Llull como otras tantas supercherías y vanidades»² (*comme abuz et vanitez*). Y, sin embargo, siempre podremos encontrar parecidos entre el Beato Ramon Llull y el infatigable inventor de palabras que fue Rabelais.

Francis Bacon tampoco hace una buena publicidad del Beato y de su *Ars*: «Un método de impostura... cuyo objeto es diseminar aquí y allá algunas gotas de ciencia, de una

manera tal que un pedante cualquiera pueda hacer así ostentación de sabiduría. Tal fue el *Ars* de Lullius». ³ Es verdad que el método experimental nunca podrá soportar la profusa construcción de lenguaje del método de Llull, una construcción que siempre parecerá insensata a su análisis objetivante.

Y Descartes, veamos qué dice de él: «Por lo que respecta a la lógica, me he guardado de que sus silogismos y la mayor parte de sus otras instrucciones sirvan más para explicar a otros las cosas que uno sabe o incluso, como el *Ars* de Llull, para hablar sin juicio de las que ignora, que para enseñarlas». ⁴ De hecho, Descartes mismo había comunicado a su amigo Beeckman ⁵ que su nuevo sistema universal de conocimiento, fundado en la geometría analítica, sustituiría precisamente esa *Ars* de Llull tan maltratada en el *Discurso del Método*.

Leibniz, a sus veinte años, había considerado el *Ars* luliano como el principio y fundamento de su propio proyecto universalista. Es bajo su influencia que escribió su primera obra, la *Dissertatio de arte combinatoria*, donde reconoce a Llull como el precursor y el primero en haber propuesto su método combinatorio. Siguiendo la misma inspiración, propondrá su *mathesis universalis* y su famoso: «¡calculemos!». Sin embargo, dirá más tarde que el *Arss* sólo era una «simple sombra de la verdadera combinatoria». ⁶ ¿Llull la sombra de Leibniz?

Hegel, en sus *Lecciones de historia de la filosofía*, califica a Llull de «excéntrico —uno de esos hombres de naturaleza

atolondrada, que meten las narices por todas partes». ⁷ Y no parece una exageración.

Por otra parte, Littré no encontrará en el *Ars* luliano y sus combinatorias otra cosa que un sistema vacío y absurdo: «¡Pero a qué no llegarán la incoherencia y el vacío de esas combinaciones, cuando (...) sirven de aplicación mística para nociones de filosofía o de teología!». ⁸ Este sistema, tan difícil de aprender como pesado de manejar, será siempre una verdadera pesadilla para el gusto por la claridad y la simplicidad en el razonamiento. Y, sin embargo, será precursor en muchos sentidos. ¿Dónde pudo encontrar su origen?

El filósofo catalán Joaquim Xirau podrá decir: «Una idea semejante sólo podía florecer en España». ⁹ En efecto, es en el cruce de las tres grandes culturas —la cristiana, la judía y la islámica—, donde podía nacer un sistema tal a inicios del siglo XIV. Los defensores modernos del ecumenismo religioso y del diálogo entre culturas han encontrado en Llull un buen precursor de su impulso unificador. Llull será un partidario decidido hasta el final de sus días de la unificación de las tres grandes religiones monoteístas bajo la égida del Uno de su Amado. Este impulso dirigido a lo Uno tendrá sus razones de estructura desplegadas en los avatares de su experiencia subjetiva.

Borges, en su «Indagación de la palabra», pone en serie a Llull y a Spinoza como «dos intentonas —ambas condenadas a muerte— que fueron hechas para salvarnos. Una fue la desesperada de Lulio, que buscó refugio

paradójico en el mismo corazón de la contingencia; otra, la de Spinoza. Lulio —dicen que a instigación de Jesús— intentó la sedicente máquina de pensar, que era una suerte de bolillero glorificado, aunque de mecanismo distinto». ¹⁰ Contingencia del lenguaje y sedición del pensamiento automático, son dos rasgos que debemos retener de esta síntesis borgiana de la figura del Beato.

El interés que ha podido concederle Umberto Eco llega, sin embargo, a concluir que «la empresa desesperada de Llull fracasa (y la leyenda de su martirio sanciona este fracaso) a causa de su etnocentrismo inconsciente». ¹¹ Por nuestra parte, intentaremos demostrar que esta empresa, aunque desesperada, estaba animada más bien por un «otrocentrismo», por decir así, radical. Llull estará siempre habitado por una exterioridad irreductible en el corazón de su obra y de su acción. Su relación con la lengua y con el Otro islámicos es tan exterior a su contexto como interior e íntima a su propia subjetividad. Esta «extimidad» —para retomar el término de Lacan subrayado y comentado por Jacques-Alain Miller—, ¹² es la verdadera condición del inconsciente del que el sujeto Llull se convertirá en mártir. Y ello en una voluntad inquebrantable de reducir esta alteridad, la del inconsciente y la del islam, a los principios unificadores de su razón. En resumen, se trata para el sujeto Llull de reducir al Otro a lo Uno del significante Amado. Es lo que hemos llamado «el impulso hacia lo Uno», para traducir la expresión lacaniana de «pousse-à-l'Un».

Es verdad que la potencia de esta relación con la

«extimidad» dejará al sujeto Llull como si hubiera permanecido en su vida fuera del contexto escolástico de la época. Y su obra será un testimonio sorprendente de esta «extimidad». Uno de los eruditos más reconocidos de la obra de Llull, Anthony Bonner, ha podido sintetizarla con estas cuatro palabras: «anhistórica, abstracta, descontextualizada y autoreferencial». A la vez, se puede reconstruir a partir de ella, con una precisión inesperada en la mayor parte de autores de su época, la vida de su sociedad contemporánea. Pero aun así, seguirá siendo una «sociedad sin textos y prácticamente sin tradiciones».¹³ Hasta tal punto resulta su obra fuera de contexto epistémico y social, un rasgo correlativo a la falta de vínculo social de la que hará prueba su autor en el campo del saber.

Y, por otra parte, Llull no deja de llamar hoy la atención a los filósofos, a los lingüistas, a los informáticos... Una rápida búsqueda en Internet nos ofrece como resultado una lista larga y heterogénea, tejida alrededor de la obra y de la figura del Beato. Se construyen Webs sobre su obra, lo encontramos como precursor de la semiótica, de los lenguajes formales, del pensamiento ecuménico moderno. Se transcribe su *Ars Magna* en un programa informático que nos ofrece un bello ejemplo de su potencial lógico y combinatorio. Se organizan congresos, jornadas de estudio, reuniones diversas alrededor de la figura y del pensamiento de este «hiperracionalista», según expresión de Ernst Bloch. Los estudios lulianos tienen una larga tradición, y no

sólo en las tierras y en la lengua donde tuvieron su origen.¹⁴

Con una obra que cuenta con alrededor de 250 títulos, Llull ha conseguido interesar a los universitarios. De hecho, fue en primer lugar en la Universidad de París de su época donde intentó dar a conocer su *Ars*. Bien podríamos decir hoy de Llull lo que Lacan constataba de los estudios sobre Joyce: «En lo póstumo, es el universitario quien domina. Es casi exclusivamente el universitario quien se ocupa de Joyce».¹⁵

I.1.1. LLULL A LA LETRA

¿Pero quién es este Ramon Llull que merece ahora la atención del psicoanálisis? No es una pregunta evidente, y no sólo por las características de un hombre que ha sido considerado fuera de serie en el marco del pensamiento medieval, enigmático en relación con su tiempo, a veces hermético e insensato, alguien en todo caso que no dudó en presentarse a sí mismo como un *phantasticus*,¹⁶ como un loco. ¿Veremos ahora al psicoanalista lanzarse sobre su obra —en la que siempre se supone el reflejo, si no el espejo mismo, del hombre—, para interpretarla sin esperar la respuesta del sujeto?

Digámoslo de entrada: no queremos proponer aquí una «interpretación» del texto de Llull. De hecho, siempre resultará problemático interpretar «desde el exterior» un texto hecho de tal manera que sólo admite una lectura, por

decirlo así, «desde el interior». No se trata de poner en tela de juicio las interpretaciones que se proponen hoy del texto de Llull, sino de señalar que es en la subjetividad radical de este texto donde cada una encuentra su límite.

En esta perspectiva, el texto de Llull resulta ininterpretable, en el sentido preciso que la interpretación obtiene en el psicoanálisis orientado por la enseñanza de Jacques Lacan. Este sentido ha sido aclarado por la lectura que hizo Jacques-Alain Miller con su proposición de «El inconsciente intérprete».¹⁷ Es el inconsciente del sujeto, y no el analista, quien es la interpretación. Por consiguiente, el inconsciente del sujeto Llull —el inconsciente y no su biografía—, sería la mejor interpretación de la obra. Pero ¿dónde está el inconsciente como interpretación de Llull? ¿Es un inconsciente a cielo abierto? ¿O bien hay que construirlo en un desciframiento de su obra? Tenemos, en todo caso, un verdadero punto de partida: son las interpretaciones *de* Llull, las que Llull mismo nos ofrece de su saber textual. Las encontramos por doquier, casi en cada página, también cuando trata las cosas más cotidianas o las más inverosímiles, allí donde recibe las respuestas más enigmáticas de estas cosas mismas. Llull es un *meravellat*, un «maravillado»¹⁸ por los mensajes que recibe de una realidad que se revela hecha de lenguaje, de letras y de símbolos. Y no deja de interpretar, no puede hacer otra cosa que interpretar para responder a la fuerza enigmática de lo que lee. En esta vertiente, encontramos un inconsciente intérprete a cielo abierto. Llull se convertirá

así en un trabajador decidido de su inconsciente, hasta hacerse su mártir. Es de allí de donde extrae la fuerza increíble, inverosímil, para sostenerse en una realidad donde encuentra las mayores alegrías pero también el sufrimiento más insoportable. Lo veremos en la parte consagrada a estudiar los momentos fecundos de una vida que se iguala a la obra. «Desea y vivirás», escribe así en un impulso maníaco de sus *Proverbios*,¹⁹ lo que quiere decir también en su sistema: interpreta y vivirás.

En este punto, más que nunca la vida se identifica con la obra. Si bien hemos distribuido nuestra exposición siguiendo la división entre una y otra, sólo es para mostrar la identidad de estructura que gobierna a ambas, una estructura que está formada ella misma por el signo y por su interpretación a cargo del sujeto. El psicoanalista debe precisamente dejarse enseñar por la interpretación del sujeto del inconsciente y no querer rellenarla con un saber supuesto exterior. Debe formarse en esta interpretación tal como Freud la había descubierto en la formación del inconsciente del sujeto neurótico, pero también en las producciones del sujeto psicótico y en sus producciones escritas. Fue el caso de la lectura que Freud hizo de las *Memorias* del presidente Schreber,²⁰ donde descubre las interpretaciones del sujeto psicótico que hacen legible la estructura del inconsciente en sus mecanismos fundamentales. Son interpretaciones, por otra parte, que Freud encontrará muy próximas en algunos puntos a las

que él mismo había construido, por ejemplo, con el concepto de libido.

Si los escritos del sujeto psicótico no piden una interpretación es porque, con mucha frecuencia, son ya interpretaciones que no se dirigen al Otro para obtener una nueva significación, sino para encontrar un destinatario que las lea al pie de la letra, en el sentido más literal de la palabra.²¹ Es lo que intentamos aquí al proponer un «Llull a la letra».

I.1.2. RAMÓN AMADO («RAMON AMAT»)

Al igual que Joyce, quien se bastaba con su síntoma,²² Llull se bastaba con su Dios para sostener su trabajo de escritura, incluso en los momentos más críticos de su vida, cuando experimenta ya sea su abandono o sus asedios. Es en el seno de esta relación tormentosa con el Otro donde inventará un uso sorprendente de la letra que la reduce a su función más material, a un casi-matema. Es allí donde desplegará las paradojas, tan fecundas para el pensamiento como tautológicas para la demostración, que se multiplican en sus textos. Cuando se encontrará animado por una certeza a riesgo del sin sentido, defenderá con una aguda ironía su posición insostenible ante el sarraceno infiel. En esta vertiente, Llull cultiva la ironía y no el humor, las «razones necesarias» de su *Ars* y no el gusto literario. En su apasionada búsqueda de la verdad, va de la duda a la increencia para extraer finalmente un pedazo de certeza. Y

cuando expone sus razones, a veces de manera tan expeditiva, para convencer a su oponente es porque intenta también comprender la certeza que lo anima a él mismo.

Por otra parte, hay que recordar que Llull es de hecho un laico que intenta convencer al cristiano, al islámico, al judío, de una «creencia» fundada en la razón del lenguaje, una creencia que debería unificar las tres religiones en un solo sistema de pensamiento.²³ Es la certeza que quiere transmitir y que encuentra fundada en la Revelación. Y si esta relación del sujeto a la Revelación guarda hoy su valor para nosotros es, en primer lugar, porque nos hace presente un rasgo de estructura que se reproduce aquí y allá con una precisión notable: es la certeza que surge cuando el sujeto intenta comprender el sentido enigmático de su propia relación con su Otro más íntimo al que designa con el nombre del Amado (*Amat*). Este pensamiento siempre paradójico, testimonio de un real irreductible del lenguaje, esta perseverancia en las respuestas del sujeto, es lo que ha llamado nuestra atención. ¿De dónde le viene al sujeto Llull esa certeza? ¿En qué saber textual —es decir, inconsciente— se sostiene?

Recorriendo la amplia literatura luliana hemos encontrado un dato de archivo del mayor interés para nuestra hipótesis. Se cita muchas veces sin sacar de él más consecuencias que las de una simple información genealógica. Resulta que el verdadero nombre patronímico de Ramon no es el que fue adoptado por su padre como

apodo y que conservará desde entonces como el apellido de familia, el nombre de Llull. El verdadero apellido de Ramon es el que llegó a designar para él el nombre de los nombres de su Dios: *Amat*, es decir, Amado.²⁴ Así pues: *Ramon Amat*, Ramón Amado.

No hemos podido encontrar una sola palabra en los numerosos comentarios de su vida y de su obra sobre esta homonimia sorprendente en la que nos hemos detenido. De hecho, todo el sistema del *Ars* luliano gira alrededor de la *A* mayúscula²⁵ de este Amado que viene a ser el verdadero y único interlocutor de su diálogo. Todas las significaciones de su mundo remiten finalmente a la huella dejada por la *A* de este Amado que viene así al lugar de un punto de basta que falta en las significaciones huidizas de su realidad. Resulta imposible entonces no detenerse un momento en este uso de la letra y del nombre que atraviesa los siglos en silencio. Resulta imposible no intentar leer, a la letra, este jeroglífico del ser escrito en la piedra casi enterrada bajo la arena del desierto de las significaciones. Retomaremos más adelante la lectura de este dato fundamental.

¿Quién es, entonces, el Llull que proponemos leer? Ramon Llull es para nosotros la materialidad de un texto, de la letra como soporte del discurso, una letra que impone determinadas condiciones que siguen la lógica del inconsciente. Se han supuesto muchos sujetos a este texto, sujetos que la tradición luliana nos ha transmitido bajo figuras diversas: el Llull místico, el Llull filósofo, el Llull lingüista, el Llull ecuménico, el Llull fundador de la lengua